

carácter influían en todo de tal manera, que donde quiera que se miraba, se advertían sombras y tenebrosidades; los misterios de su política eran tan impenetrables como los misterios de su alma, y ésta, aunque grande, inmensa y poderosa, gustaba replegarse donde todo con ella guardara relación. El artista, el literato, el legislador, el prudente, el justiciero, el cruel y muchos más calificativos pueden buscarse para darlos á los que sucesivamente en el tiempo han regido los destinos de un país; mas para calificar á Felipe II no basta ninguno de estos, no habria propiedad aplicándole ninguno de ellos: en aquel hombre residía algo superior, pero tétrico, cuya traducción no nos da ningún idioma. Si del citado monarca se hubiera perdido la memoria, y sólo quedaría en yermo, montañoso y frío terreno la mole artística que se llama el Escorial, bastaría para darnos conocimiento de aquella época, y por deducción del que á su costa lo levantó, que rey y rey de España tenía que ser. Aquel edificio revela toda la grandeza de alma de quien lo dirigió, toda la tenebrosidad de la del que lo costeó; mas esto domina á aquello, y resulta que tarde, muy tarde es cuando puede llegarse á la contemplación; absortos nuestros sentidos, considerando la idea que allí domina, son sus columnas fríos gigantes que os contemplan; el pavimento parece exhalar lamentos, como si bajo cada una de aquellas losas hubiera sepultado un corazón, que con nuestro

pisar se oprimiera; la atmósfera es allí fría como en los sótanos, y la luz que filtra al través de sus muchas ventanas, parece velada dentro, pues sin querer el alma goza, es cierto, pero sufre más que goza. Acompasado, frío y severo hay en aquel monumento algo que despierta la idea del infinito por la religión. Convertid al Escorial en lo que queráis, y siempre resultará monasterio; revela una severidad é inflexibilidad de carácter que asombra, y el aire al chocar en su paredes haría resonar el *Diæ ira* ó el *Miserere*, aunque de los instrumentos heridos resultaran las dulces melodías de Pergolesso, ó del cisne de Pessaro, del mismo modo que aunque lo hicierais habitar por huríes, ondinas, peris, formas seductoras del sueño de nuestros deseos, perderían sus encantos, y aparecerían mudas esfinges, solitarios monjes, buscando la muerte dentro de la vida, negando á sus sentidos la delectación para que parecen haber sido creados.

Establecido en el presente, nada anterior revela. Una sombra, un espectro vemos siempre, ve siempre sea el que quiera, y Riva Palacio, poeta nacido bajo aquel sol, respirando aquellos perfumes, al llegar á la patria de sus antepasados, debió sentir frío en el alma visitando el famoso monasterio. Cada uno en él recogerá impresiones diferentes que más tarde le habrán de servir para la revelación de un sentir determinado, pero no conocíamos hasta después de leído el soneto del eminente poeta

mexicano, quien con más verdad hubiera expuesto la impresión que produce, el edificio y la sombra que evoca, y esto como hemos dicho, en un soneto. Catorce versos de una metrificación determinada y rigurosa, dos cuartetos y dos tercetos combinados entre sí por una rima prescrita: hé aquí la forma que el poeta escogió para darla á la gran idea que encierra su composición. Propio de las literaturas modernas, debido según uno á los poetas de Sicilia, según otros á los trovadores y según los más á Petrarca, el soneto por lo difícil de su forma, hizo decir á Boileau que había sido inventado por Apolo para mortificar á los poetas. Esta bella opinión, que sólo puede ser bella, hay que admitirla para los que antes piensan la forma que el fondo, artistas que desde luego forjan un molde que en muchos casos viene estrecho á la idea, resultando por tanto oscura y otras ancho en demasía, por lo que es un continuo volver y girar que da motivo á que careciendo de nervio, resulte fría y monótona. Si pudiéramos admitir, como muchos quieren, que cada inspiración se da en forma propia, la cuestión sería más sencilla; pero inadmisibile tal idea, no podemos sentar otra cosa sino que el genio superior de un hombre, al sentir una sensación, puede, merced á la potencia de su espíritu, llevarla al ánimo de todos, en la forma que como más hábil excogite.

Esto hizo Riva Palacio, con tal acierto que creemos que nunca nos habremos de arrenpen-

tir de tal afirmación. El viajero ante la obra de Herrera, ante el sepulcro de aquel alma gigante que puso á su servicio toda la Europa, siente deseos de penetrar y llegar hasta lo último, pues creemos que sólo allí como en las Pirámides no asusta la imponente realidad de las tumbas, los recuerdos le agujonean y traspuesto el dintel

Resuena en el mármoleo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El quejido tristísimo del viento.

Cuadro exactísimo de la primera impresión, hay en él tal verdad, que sin querer recordamos la bella expresión de Marmontel, según el cual, la poesía es una pintura que habla, ó si se quiere un lenguaje que pinta; la citada cuarteta, aunque reflejo sólo de impresiones materiales, parece que las fotografías, que las copia del natural, de tal manera que nos parecen tangibles. En íntima relación con el primer pensamiento, trasunto de la impresión que el ilustrado viajero experimentó, sigue el soneto diciendo:

En la historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Cuando adquirido el conocimiento histórico se visita el frío edificio del que aludiendo á

su bella iglesia dijo un autor inglés que era caja de piedra para guardar una joya, y del que atendiendo á su panteón puede decirse es un sarcófago gigantesco; cuando discurrimos por aquellos claustros y oímos resonar en la alta bóveda el acompasado ruido de nuestros pasos, involuntariamente acuden á nuestra imaginación recuerdos de otra edad, otras costumbres, otras instituciones y sobre esto un hombre, que nombrarlo sólo es causa de que sintamos extrañas conmociones; hay allí, aunque muchos no lo quieran, algo que hace pensar en el Dios duro é inflexible de las penas eternas, en el Dios que se revela en el rayo, algo que deja de sugerirnos el sentimiento religioso para dar lugar á la superstición, pues no hay nada que lleve tanto á la blasfemia que se llama *cólera celeste*, como la opacidad del templo, su enfermiza atmósfera y tantas y tantas cosas como le hacen diferir de la calma, de la exuberante hermosura de la naturaleza brillante, donde se manifiesta Dios y donde debemos adorarle. Para realizar poesía que no sea ascética dentro de aquellos graníticos muros, que parecen haber sido levantados para cautiverios de almas, es necesario contar con el inspirado numen de un poeta como el que estudiamos, es menester que sea un hombre superior como con sus obras acredita, y que lo vea todo con la segura mirada del águila que posada en el cimborrio, á todo alcanza y penetra hasta más allá de la superficie de la

tierra. La Edad Media tiene glorias, pero son de tal naturaleza que se funden al sol que alumbra la Edad Moderna. El Escorial, suntuoso monasterio de otro tiempo, maravilla arquitectónica de aquella edad, es hoy la esfinge de la superstición que, fría, severa y pesada, casi no puede resistir las amargas frases que involuntariamente brotan á su vista, pues como el poeta ha dicho

Palpita allí el recuerdo, que allí en vano
Contra su propia hiel, buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano
Que la vida cruzó sin un amigo;
Aguila que vivió como un gusano;
Monarca que murió como un mendigo.

La maestría con que estos tercetos están hechos, la profundidad que alcanza el pensamiento expresado en ellos, bastan para revelar al hombre que de su valer tiene ya dadas tantas pruebas, pues acredita un conocimiento perfecto de la historia, una impresión propia y subjetiva en vista de ella, y un talento superior para apreciar los mil detalles que implica el magnífico concepto que del hijo de Carlos I ha sabido dar en sus dos últimos versos.

A sonetos de esta naturaleza debía aludir Boileau cuando dijo:

Un sonnet sans défaut vaut un long poème

y de estos extensos poemas Riva Palacio tiene

muchos, pues maestro de maestros se le puede llamar en el arte de hacer sonetos. Al publicar por primera vez este estudio conocíamos de su género únicamente la composición que acabamos de citar, mas hoy es mayor nuestra fortuna, podemos presentar mayor número de pruebas en apoyo de la afirmación que hemos hecho. En el precioso libro *Páginas en Verso* que ha publicado este año los hay dignos de ser impresos en letras de oro: en *El Escorial* hemos visto al poeta pensador; al hombre que merced á sus poderosos medios reconstruye un pasado, al crítico profundo que, definiendo, fotografía. El poeta tierno puede adivinarse en la sentida composición que dedica á su madre, soneto que dice:

¡Oh cuán lejos están aquellos días
En que cantando alegre y placentera,
Jugando con mi negra cabellera
En tu blando regazo me dormías!
¡Con qué grato embeleso recogías
La balbuciente frase pasajera
Que por ser de mis labios la primera
Con maternal orgullo repetías!
Hoy que de la vejez con el quebranto
Mi barba se desata en blanco armiño
Y contemplo la vida sin encanto,
Al recordar tu celestial cariño
De mis cansados ojos brota llanto
Por que pensando en tí me siento niño.

No puede decirse más y como hijos sentimos
no poder dedicar á nuestra madre una com-

posición así; sería inmortalizarla, inmortalizándonos.

Dos fases de su vida tan pródiga en buenos servicios ha sabido pintarlas fielmente en dos sonetos; hay otro en el que se excede para apreciar una situación de ánimo de las más tristes, de las que más agobian. El hombre que cien veces ha expuesto su vida por la patria en el campo de batalla; el ex-ministro de fomento que tan buenas obras realizó en el tiempo en que desempeñó esta cartera, el literato notable, el historiador que con su *Méjico á través de los Siglos* ha levantado un monumento á la nación en que ha nacido, el fiel representante del pueblo cuya voz autorizada resuena en las cámaras siempre que se trata de defender sacrosantos derechos ó de impugnar violentas infracciones de la ley, no há mucho tiempo fué reducido á prisión sin que puedan determinarse los motivos, pero dejando adivinar la sombra que hacía á los que como gobernantes no tenían la conciencia tranquila. ¡Qué triste debe ser la prisión para el que siempre defendió la libertad! ¡Cuántas cosas pensaría Riva Palacio de las monarquías absolutas, viéndose atropellado en la más libre de las repúblicas! y el poeta también, al verse triste y sólo entre cuatro muros, ausente de los cariños de su familia, sin más voz para halagarle que el monótono alerta del centinela, sin más sonos que el crujir del viento, llamó en su ayuda la inspiración potentísima que lo anima, y dirigiéndose

al viento que distintas sensaciones le ha causado en diferentes períodos de su vida le dice:

Cuando era niño, con pavor te oía
En las puertas gemir de mi aposento;
Doloroso, tristísimo lamento
De misteriosos seres te creía,
Cuando era joven tu rumor decía
Frasas que adivinó mi pensamiento,
Y cruzando después el campamento
«Patria,» tu ronca voz me repetía;
Hoy te siento azotando en las oscuras
Noches, de mi prisión las fuertes rejas;
Pero hanme dicho ya mis desventuras
Que eres viento, no más, cuando te quejas,
Eres viento si ruges y murmuras,
Viento si llegas, viento si te alejas.

Hay en la vida literaria de Riva Palacio un período, mejor dicho una manifestación, que da clara idea del carácter de su poesía. Un día los literatos de México se vieron agradablemente sorprendidos: había saltado al palenque literario una mujer, que bien á las claras se veía, contaba con fuerzas bastantes para luchar con ventaja al par que los demás hijos de las musas, pero nadie la conocía, nadie sabía quién era la incógnita que desde luego daba tan clara idea de su talento, por la perfección de las composiciones que presentaba: principiaron los cálculos y las conjeturas y no faltaron críticos que negaron aquella musa femenina, que podía serlo en cuanto á la delicadeza de la forma, mas nunca por el alcance profundo de

sus ideas. No queremos decir con esto que falten mujeres cuyo talento deje de alcanzar al indicado punto, mas sabido es desde el principio, que nunca las metrificadoras se ocuparon de otra cosa que de lo que es puramente bello, y hacen bien. Como nada puede estar oculto mucho tiempo, resultó al fin que aquella Rosa Espino, no era otra que el general Vicente Riva Palacio, que por un capricho de genio tomó el nombre de mujer, del mismo modo que á sus robustas y profundas ideas, cubría con la flotante túnica que mórbidas formas dibujó, ó el rígido brial de púrpura, señal de distinción y alta prosapia.

Dejóse de amar á la ignota Rosa Espino y se admiró al punzante satírico del *Ahuiçonte* (1), dejóse de ensalzar á la mujer y se criticó al hombre, que es también lo que nosotros vamos á hacer, esto es, á emitir el juicio que sus bellas composiciones nos merecen. *Los Apólogos, Romances y Cantares* que nos presenta en el precioso libro titulado *Flores del Alma*, son todos modelos de buen decir, gracias, ternura y encantos; pero distintos por los géneros á que pertenecen, vamos á estudiarlos separadamente.

El apólogo es hasta ahora una composición con respecto á la cual se duda si es clase del género fábula ó es género del cual la fábula es

(1) Periódico satírico del cual fué director el señor general D. Vicente Riva Palacio.

una clase, pero cuestión es esta que en los momentos actuales nos debe preocupar muy poco, por lo que nos contentaremos con afirmar lo que es á todas luces cierto, que el apólogo es ó al menos debe ser siempre, más fino, más moral, más delicado que la composición en que Esopo y Fedro, Lafontaine é Iriarte alcanzaron tanto nombre. Género literario nacido en los albores de la vida del más antiguo de los pueblos, podríamos admitir sin esfuerzo que surgió en la mente de los oprimidos, para hacer sin riesgo pública manifestación de sus deseos y dolores, ó que fué hijo de un sentimiento delicado que impedía manifestar á los hombres franca y decididamente sus defectos. Ambas opiniones son verosímiles y ambas coadyuvarían, si no fuera evidentemente cierto, á hacer creer que esa sencilla composición apareció primero en la India, que es la patria de la imaginación, gracias á lo que siempre se advierte la metáfora en la palabra, el geroglífico en la escritura, el misterio en las súplicas, el avatar en la forma, la metempsícosis en las almas. Los monumentos literarios más antiguos que se conocen de aquel pueblo son apólogos, del mismo modo que ideas apologéticas son las que, ayudados por los estudios propios de la investigación, pueden descubrirse en las criptas de Elora, ó en los arruinados muros de los templos que existieron en la cima del Merú. Hay que admitir que el apólogo es oriental, que el apólogo es indio; se advierte en él la

exuberante belleza de formas que es tan natural en aquellas literaturas, tiene el misterioso velo que exige la idea, dada aquella organización política, cuyas disposiciones parecen trazadas con la fría punta de un acerado estilete, en el témpano de hielo que en aquella cálida temperatura obtuviera por conjuro un brama ó un yoghi. Sí, no puede ser de otra manera; cuando los menos son privilegiados hasta el punto de ser considerados como dioses, siendo hombres y como tales con defectos, estos no pueden señalárseles, ni serles censurados sino en la forma vaga y misteriosa que es tan común á todo lo que les pertenece, y más triste es aún tenerlos que conceder al recordar que el amor ó se manifiesta ó mata; pobre de la joven paria que se enamorara de un brahman, no teniendo á su disposición el geroglífico que trace para su desahogo, la súplica que haga en el apólogo, el recuerdo que deposite en el fondo de la misteriosa flor del loto, que, nacida en medio de las aguas y por ellas alimentada, morirá en ellas y como escoria sus ondas la dejarán en la orilla, para que, secas, luego las barra el viento.

Venturosa fué la idea, bien haya quien primero la manifestó, y pluguiera á Dios que de facultades nos dotara, pues muchos apólogos haríamos; mas volviendo al asunto que únicamente debe preocuparnos, justo es decir que en los tiempos que alcanzamos, perdido para esta clase de composiciones el carácter de ne-